MEXICO EN EL CINE DEL "INDIO" FERNANDEZ



MEXICO Y "EL INDIO" FERNANDEZ

POR

EDMUNDO MEOUCHI M.

NOTA PRELIMINAR.—A los mexicanos—como a los españoles—nos preocupa desmedidamente el ridículo. Para no incurrir en él, realizamos fantásticas y complicadas maniobras con resultados casi siempre deplorables. Nobles ideas y grandes proyectos, que se arrumban por miedo al ridículo. Magníficas corbatas que no se usarán jamás, por miedo al ridículo. Discursos embotellados que nadie escuchará, por miedo al ridículo. Empresas fracasadas, posturas insinceras, hombres acuchilladores y mujeres desvaídas, por miedo al ridículo...

Hay algunos que caen en el ridículo a sabiendas sin que se enteren de ello «los árbitros y los catadores». Pero también los hay que viven y trabajan preocupándose apenas de críticas y de burlas, de envidias ajenas y de ajenas intrigas. Y éstos son, en México, «los que llegan» e imponen estilos y maneras. Lo ensayan todo, estudian, analizan, plagian inclusive, buscan y encuentran. Entretanto, nosotros admiramos en nuestra envenenada intimidad los discursos taponados, las corbatas involuntariamente rechazadas, nuestras ideas y proyectos siderales.

Hay hombres y mujeres que fueron otrora extravagantes no más y ahora—gracias a su esforzado empecinamiento—, después de superar y desoír la carcajada abierta y la carcajada con sordina, son elogiados sin reservas y reciben por doquiera todas las pleitesías imaginables.

De esos hombres es «El Indio» Fernández. Un «self-made man» de excepción, que se abrió paso a través de la vorágine de mediocres y mentecatos—fauna puntual de todos los estudios cinematográficos del mundo—, a solas, «echado pa'lante», enredando, fracasando, convenciendo a plutócratas, improvisando sistemas estelares, «acabando» y puliendo estrellas... Sus películas pueden gustar o no a los distintos públicos, pero se discuten apasionadamente porque son hechas con amor, con habilidad, con talento y con paciencia. —«En ellas no se logran revolucionarias inovaciones»—sostienen algunos—que hacen además un amplio despliegue de conocimientos. —«En las películas de «El Indio» se ensayan con felices efectos todas las técnicas del cine y todos los recursos.» —«Se trata de un cine de bandería y de propaganda, un cine desmayado, que satura y enerva.» Muchas cosas se dicen por estas y otras tierras y todas justas o injustas, nos sirven para descubrir los secretos del cine de Fernández, sus virtudes y defectos.

Por nuestra parte, nos seguimos mofando de «sus» inditas anonadadas, de «sus» grandilocuentes profesoras, de «sus» soporíferas demagogias. Pero ahí, en ese cine bello, valiente y humano, de contradicción y de embuste, creemos que se han recogido, con indudable maestría, múltiples y auténticas esencias de México...

* * *

En el cine de Fernández no hay nada plenamente «terminado» sino el paisaje. Es decir, «El Indio» y Gabriel Figueroa interpretan con incomparable fidelidad las bellezas naturales de nuestro país. Desiertos, lagos, auroras y crepúsculos, montañas y litorales sirven siempre de fondo para encuadrar historias humanas, dramas sencillos y profundos, situaciones violentas, ya mentirosas, ya verdaderas. «El Indio» se esfuerza en demostrar la inefable e intacta belleza de la tierra a la cual se siente ligado con nativa desesperación y con amor. Esos campos que revela plásticamente han sido recorridos una y mil veces por él, a pie y a caballo, como un campesino cualquiera, como soldado, como vagabundo. «El Indio» conoce como pocos los usos de la tierra, el manejo de las armas, las maneras y reacciones de los mexicanos.

John Ford y Sam Houston, cuando filman en México, retratan a México sin comprenderlo, sin «sufrirlo» terriblemente y sin amarlo con locura como «lo sufre» y lo ama «El Indio» Fernández... El cine de éste—aunque muchos lo crean así—no es solamente un álbum de fotografías ordenadas inteligentemente, o una revista de imágenes populares...

«El Indio» Fernández es, en el fondo, un ideólogo recalcitrante y agresivo. Con sus películas alega, discute, polemiza, aborda los problemas de México y ofrece, como nadie, sus personales soluciones. *El arte puro*, para nosotros, es una preocupación europea, y al «Indio» le tiene sin cuidado.

Detrás de sus nativos impasibles, de sus militares, de sus caciques, de sus pordioseros, de sus soberbios «exteriores» y de sus «tomas», nuestro «Indio» disimula su mensaje reivindicador. Se siente —y en muchos sentidos lo es— portavoz de los humildes y de los ofendidos. A su manera dice el resentimiento de los hombres del campo y su desesperación por la justicia—tantas veces prometida y otras tantas traicionada. Se pronuncia contra los gobernantes ineptos, contra los caciques y los mercaderes, contra las revoluciones fracasadas, contra los ricos explotadores y contra los extranjeros. No hace tan sólo cine para confundir a los imbéciles o para acumular galardones. Sus películas son partes de un largo y hermoso discurso destinado a exponer sus ideas sociales. —¡Nada de charros cantadores y empistolados en una tierra actualmente sin haciendas, en parte repartida y en parte abandonada! ¡Nada de bandidos generosos...! ¡Nada de «donjuanes» mayordomos y de latifundistas «donjuanes»! Nada de todo eso para la exportación...

Es cierto que «El Indio» se calla muchas verdades sobre las cosas y los hombres de México. Impulsado por exigencias artísticas, económicas o políticas, deforma la verdad, caricaturiza, «corta» y engaña. Hay mucho en él de fraude y componenda.

En su *discurso*, hay frases mayores y frases en tono menor. «El Indio» conoce todos los «trucos literarios». Vocifera como un orador de plazuela para los gruesos auditorios; como hábil conferencista tiene silencios impecables; como profesor de instrucción primaria alfabetiza a los académicos, y como académico comete desaguisados de profesor.

El *discurso*, pues, está saturado de falsedades. En primer lugar, porque ofrece a sus públicos una visión simplista e incorrecta de nuestras cosas, perogrulladas a medias y «lugares comunes».

En México no existen esos indios de artesanía, tan intachablemente indios; no existen ladrones tan ladrones ni «enamoradas» tan concienzudamente enamoradas. En otras palabras: en nuestro país no hay hombres cuajados, hechos, porque el pueblo de México—y aquí nos ponemos de acuerdo con Fernández—es pueblo «que-se-hace» a cada instante, sujeto a todos los cambios y sorpresas; porque México —El Indio tiene otra vez razón—es crisol, hoguera y a veces hecatombe...

Pero...

En México—asegura Fernández—hay indios buenos, demasiado buenos, e indios malos irremisiblemente malos. Hay blancos también y éstos—¡infelices!—no son buenos ni por accidente.

El indio bueno—continúa—es saqueado por el blanco intruso y rapaz. Nativos y europeos, en fin, viven en mundos diferentes, amurallados e irreconciliables.

Como se ve, esta especie de «aprismo» trasnochado se entronca directamente con las literaturas indigenistas del siglo XVI y con otras muy posteriores de factura misional protestante. No hay nada nuevo, pues, desde los tiempos de Fray Bartolomé de las Casas hasta los nuestros. Pero creemos que esa versión racista de México puede conmover generosamente a aquellos que desconozcan del todo nuestras realidades...

En nuestro país—y esto lo saben hasta los «apristas»—un blanco paupérrimo y desarrapado es más «indio» a la manera cinematográfica de Fernández, que un tarasco pudiente. En México hay indios presidenciables y blancos mendigos; blancos iletrados e indios intelectuales; indios arzobispos y blancos feligreses; blancos presidiarios e indios magistrados. La *lucha de razas*, en ese campo de batalla que es el cine de Fernández, resulta todo lo plástica que se quiera, pero es descabellada y contraproducente.

En México no existen odios raciales insuperables, sino *lucha de clases*, y ésta está generalmente provocada y sostenida por criminales. Los desórdenes y los rencores son provocados por el rico ladrón, gobernante o gobernado, indio tarahumara, blanco anglo-sajón o mulato.

Por otra parte, Fernández se ocupa superficialmente de nuestro mestizo, que es el mexicano de veras, el auténtico mantenedor de la cultura nacional. No puede ser comprendida la misión continental de México, su altísima preeminencia ni su porvenir, sin concentrar la atención en el mestizo. Es éste el «que hace» la historia de nuestro país, el que concibe y elabora nuestra gran literatura, el que compone, el que filosofa, el que pinta murales. Mal o bien, el mestizo nos gobierna, nos representa y nos define. Y su mestizaje no es de la sangre ni se calcula con cuenta-gotas, botánicas genealogías y *caracteres secundarios*. El mestizaje es una realidad espiritual y el mestizo es, en México, como el depositario, el guardián de dos culturas definitivamente interpenetradas e irrenunciables.

Pero «El Indio» Fernández a veces calla deliberadamente. Como se callan en este punto muchos otros artistas mexicanos. Frente al mestizaje, con malicioso propósito, Diego Rivera permanece imper-

turbable. Además de algunas «cosillas» para exasperar a los católicos, continúa pintando para los turistas de Kansas; centauros cortesianos, «tamemes», aztecas flechadores, caballeros tigres y caballeros águilas... Escenas idílicas de autóctonos nativos que viven más allá del «padre-nuestro» y de los sonoros y crucificados campanarios, entre tractores, torretas y pozos de petróleo, turbinas, postes telegráficos, barbudos y mongólicos «lenines». Ante el mestizaje, nada se le ocurre a Rivera, porque el mestizaje no es una conquista revolucionaria —sino hispánica y por tanto católica—y porque no tiene, además, clientelas angloparlantes y adineradas, ni murales oficiosos en perspectiva. Rivera es un inmenso pintor de temática muy limitada, un falsificador genial y un oportunista. Ha sido superado.

Frente al mestizaje, músicos mexicanos como Carlos Chávez enmudecen también maliciosamente. Músicos que hacen sonar supuestas sinfonías indígenas; que describen mundos inviolados y exóticos. Composiciones de chirimías y teponaxtles, de disonancias crepusculares, que las minorías y los «conocedores» aplauden frenéticamente.

Sin embargo, México es tierra de mestizos, y eso lo saben todos nuestros artistas.

José Clemente Orozco, el más grande de nuestros pintores, expresó esta verdad como ninguno. Pintó con sus «frescos» la historia terrible, dolorosa y triunfal de lo que fué en un principio choque sangriento de dos razas y de dos civilizaciones, y después, conjugación y equilibrio, unidad incontrastable. Cortés y La Malinche, confundidos para siempre, como símbolos de un mestizaje que dará en todo el mundo frutos de salvación... Pero «El Indio» Fernández—y eso sea dicho en su honor, pese a que alardea de un indigenismo «bartolomista»—no es un espíritu irreligioso—todo lo contrario—. Ese pueblo suyo, víctima de saqueos y de crímenes sin cuento, no puede ser un pueblo sin Dios. «El Indio» Fernández sabe que en la Iglesia, el pueblo humilde de México tiene depositados su fe y su amor. La Iglesia, que es trinchera y fortaleza, asilo y refugio, signo de nuestra resistencia. Fernández, lo prueba y lo divulga...

Para nosotros, ésta es la más admirable de sus audacias y la más profunda justificación de su cine...

Edmundo Meouchi M.
Casas Grandes, 53.
MÉXICO, D. F.



La isla de la pasión
(a la derecha, Emilio Fernández, actor)

Un descanso en el rodaje de *Maclovia*
(María Félix; a su derecha, E. Fernández; de pie, Pedro Armendáriz y Gabriel Figueroa)



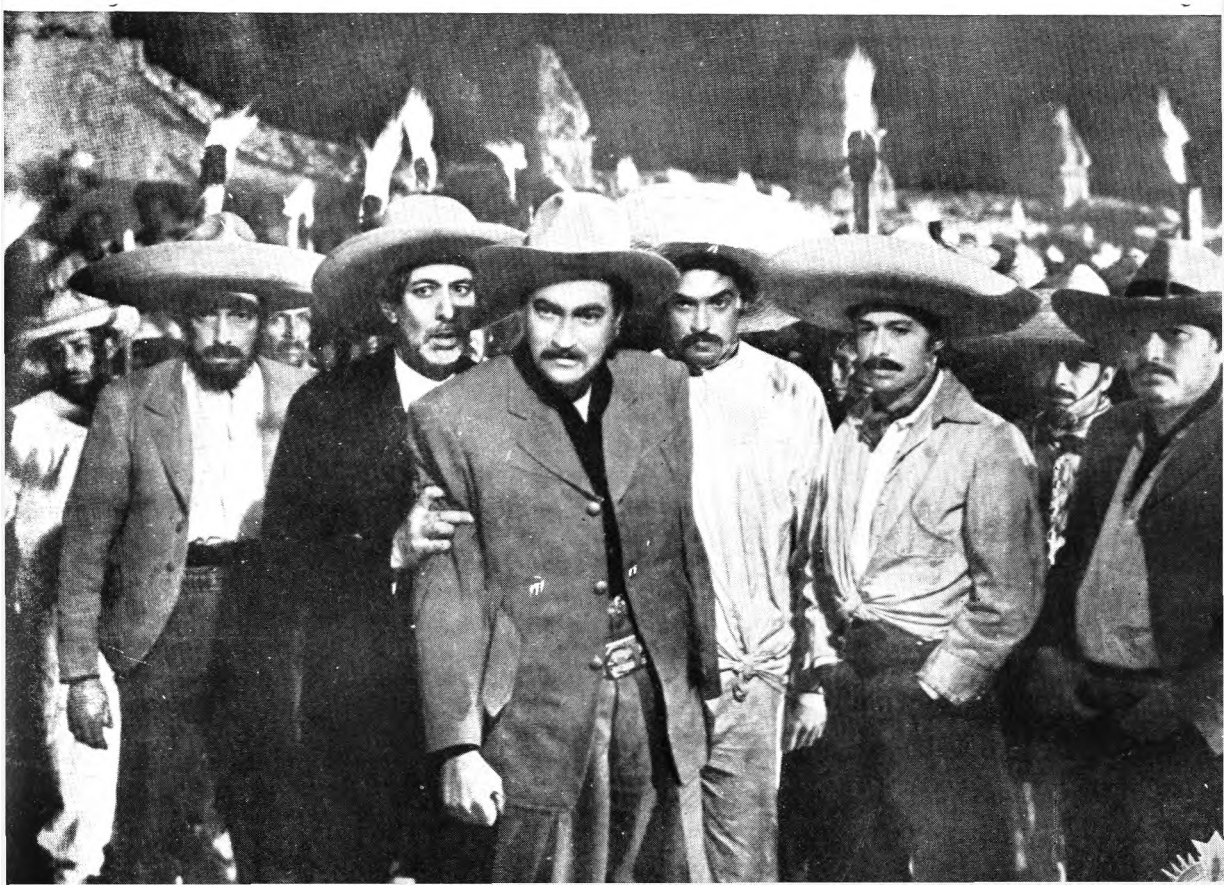


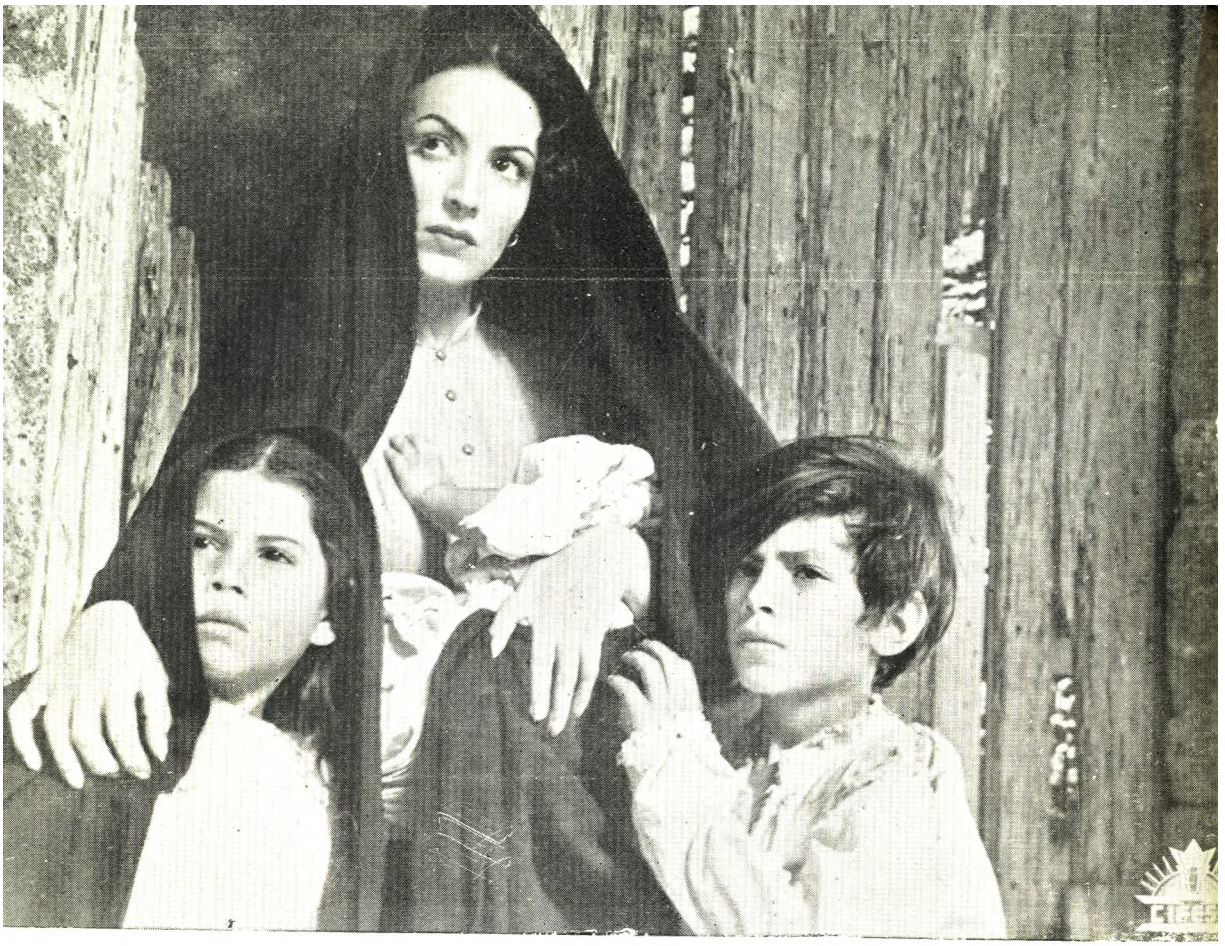
La perla



María Candelaria

Río Escondido





Río Escondido